

La familia constructora de justicia y paz

BLANCA ROCA BITRIA

JUAN LUIS SALINAS SÁNCHEZ

“Una Iglesia sin caridad no existe”. Estas palabras del Papa Francisco nos indican que sin caridad, sin amor, no puede existir la iglesia doméstica que es la familia, porque ésta necesita, de forma ineludible, atender la acción social como consecuencia de su condición de comunidad de amor. El matrimonio, y la familia como desarrollo y generación de él, es sacramento en tanto que es signo, manifestación, comunicación del amor de Dios que es el Amor, si ese amor no existe, si los que van a formar esa familia se niegan a dárselo mutuamente, no hay matrimonio y por lo tanto no hay familia. Una familia en la que por la degeneración y el abandono, o por las infinitas circunstancias que hayan podido concurrir, haya desaparecido la más pequeña brizna de amor, no es reconocida como tal por nadie y se puede categorizar que no existe.

Consecuentemente, una familia sin misericordia ni la caridad que surja de ella, difícilmente será sacramento del amor porque, sencillamente, no ama. La misericordia es la práctica del amor, la caridad es el amor de donación hacia los demás con los que nos solidariza, una familia que no haya desarrollado la capacidad de salir de ella misma y donarse, escasamente podrá practicar un amor más allá que el propio vinculado al afecto que se tengan entre ellos, el cual acabará languideciendo y viciado y con olor a rancio, deformado y endogámico, esperpento de la vitalidad y la alegría que siempre imprime el amor auténtico.

De esta manera, la acción social de la familia la lleva a encontrarse con los que están fuera de ella, enriqueciéndola y ampliando su espacio vital, sin que ello suponga romper el círculo de intimidad que es imprescindible con-

servar y sin que deba ser invadida por lo externo más allá de lo que se necesita para compartir la vida i donarse. Es entonces cuando la familia aporta a la sociedad lo más rico de ella misma; puede dar su ingenio, su capacidad de organizar, su aportación artística, el toque de eficacia que pueda tener alguno de sus miembros, la capacidad de acoger y escuchar, la contingencia material de lo que el otro pueda necesitar, bienes alimenticios, de ajuar, de mobiliario, aportaciones para el sostén económico, atención y cuidado de niños, enfermos o gente mayor,... Todo son aportaciones que la familia, en función de la donación que hace de sí misma y de sus miembros por el amor que vive, transmite a la comunidad (sociedad), construyendo y ayudando a levantar la justicia, y propiciando la paz.

A continuación vamos a ver cómo la familia que es la *iglesia doméstica*, pidiendo a Dios que venga su reino para que cada día nuestro mundo sea un poco más como Él quiere que sea, se ve llevada a vivirlo cotidianamente, lo que implica que en su día a día tenga de vivir el amor, la verdad, la justicia, la paz y la vida que surge de todo ello, deviniendo una comunidad de amor que genera vida. En este proceso tiene una importancia fundamental la educación como medio para el desarrollo y el crecimiento de la familia en su conjunto y de todos sus miembros que se educan, regulan y moderan mutuamente. Esta acción de transformación paulatina, cotidiana y permanente de la familia, la convierte en constructora de justicia, la cual empieza a aplicar en el trato entre sus componentes, a partir de la cual se crea un ambiente de paz que la trasciende, y del que ella también es promotora. Finalmente, al darse como consecuencia de la acción de esa misma justicia y del amor que la sustenta, se proyecta al exterior en lo que podríamos llamar la acción social de la iglesia doméstica, que la engrandece como comunidad, los enriquece como individuos que forman parte de ella y dignifica a la sociedad que se beneficia de la presencia de familias auténticas.

Efectivamente, tiene razón todo aquel que diga que el presente planteamiento es una utopía, no tanta quien diga que no es realizable; sin embargo sí tendrán razón quienes observen la dificultad en conseguirlo y la escasa presencia en nuestras sociedades de familias así, porque estamos imbuidos de elementos como el materialismo, el personalismo, el individualismo, la exaltación del yo, el hedonismo, la laicidad extrema que ignora por completo el Amor, Dios, la obsesión por el poder, el tener, el influenciar, el controlar y dominar para evitar que el otro, el posible otro porque hace tiempo que lo hemos alejado, pueda plantearme dudas molestas y yo experimente lo fastidioso de su evidencia real e impertinente. Ese otro en el que Dios, el Amor, se identifica y se nos manifiesta hasta el punto que Jesús dijo: “en verdad os digo

que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis. [...] y [...] cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo” (Mt 25, 31-46).

Vivir el amor en la familia y en presencia del Amor, es una utopía que implica un hito hacia dónde dirigirse, un camino y un proceso, es difícil porque nada de lo que nos aparte de nuestra tendencia a la animalidad, el egoísmo, es fácil y siempre supone un esfuerzo salir de esa atracción innata para acceder a nuestra verdadera naturaleza, la de ser imagen y semejanza del amor en tanto seamos capaces de amar, pero cuando la persona, o la familia a la que pertenece, son capaces de vivir en el amor, esta dificultad se supera y la utopía se transforma en un estímulo que nos hace andar teniendo el objetivo cada vez más cerca al tiempo que vamos descubriendo nuevas formas y elementos de perfección que descubrimos al profundizar gracias al camino andado o el proceso que hemos ido realizando. El papel de la familia es extremadamente importante y de una responsabilidad máxima ya que puede acompañar a sus miembros en ese descubrir la perfección, más a los más pequeños ya que, a la vez que se les acompaña, se les va descubriendo un mundo del que no tendrían noticia fuera de la vivencia de la familia.

También hay que decir que esa vida no tiene por qué ser algo complejo y alejado de la cotidianidad de cada día, siendo una realidad que emerge simultánea a la acción de vivir respondiendo a las situaciones que van surgiendo en el ámbito de la vida y la convivencia familiar, y aceptándolas tal como son. Se trata más de una actitud que de un formar parte permanentemente de algún tipo de listado que nos exija el cumplimiento estricto de aquello a lo que nos hemos comprometido. El amor se puede vivir sin, ni tan siquiera, pertenecer a ninguna asociación, sólo hace falta querer amar, tener la actitud de acoger y atender aquellas situaciones que Dios vaya poniéndonos en nuestras vidas, sin más. Se puede hacer entrega de uno mismo y de sus potencialidades escuchando a aquella vecina del rellano que está angustiada por tal situación, siendo delicado en el trato con quien nos encontramos al aparcar el coche, aportando una sonrisa y... según el momento lo que sea menester, a quien está hundido e infinitamente apenado, asumiendo el mantenimiento de la familia que lo está pasando mal, visitando al que está postrado,... También, cuando las propias circunstancias lo puedan permitir, colaborando con acciones vecinales o participando en las asociaciones que las promuevan, siempre, a pesar de todo, manteniendo nuestra libertad, la atención a nuestras responsabilidades, la mentalidad que nos orienta y la capacidad crítica que nos permita discernir la finalidad real de lo que se pretende con aquellas acciones.

Hemos de ver en el rostro de la Iglesia, también de la iglesia doméstica, el rostro de Cristo que es el rostro de los más necesitados, sumidos en la pobreza que a cada uno le afecte. Para ello nos urge pasar de tenernos como referencia de nuestro increíblemente minúsculo universo, a ser capaces de alcanzar la capacidad de la escucha del sufrimiento y el dolor que campan por el mundo real, de una comunidad cerrada que puede darse en el seno de la familia pero también de la comunidad social, a la comunión, al diálogo, al encuentro, a la aceptación, a la acogida,... de la rigidez enjuta de una mirada inquisidora a la suavidad, la bondad, la transparencia,... de la aspereza repulsiva a la dulzura del trato al atender con disponibilidad a quien nos precisa, a la sensibilidad hacia las carencias de los más necesitados. Hemos de pasar de tener la consideración de “perfectos” a sentirnos atendidos y deudos de la misericordia de Dios y conscientes de ello; de la sospecha y la inadvertencia hacia quien nos reclama, a saber encontrar la figura de Jesús en quien pasa a nuestro lado o nos adelanta, incluso, porque va como un bólido sin sentido de lo que vive. Los miembros de la iglesia doméstica deben saber estar con Jesús, saber encontrarlo, tenerlo como uno más de la familia y confiarse en él, reflejarlo en su rostro porque el suyo, el de Jesús, es un rostro colmado de juventud y de vida. El rostro de la familia debería ser un rostro de alegría y de poesía, de felicidad auténtica que le permitiese tener la energía necesaria para atender la constante preocupación que se debe mantener por el ser humano y por la sociedad que le rodea. No en pocas ocasiones, como si también estuviese contaminada por el flujo ambiental, la familia, la iglesia doméstica, se muestra desorientada, sin afianzar adecuadamente su devenir en Dios, que le ama, él que es eternamente entregado, lleno de vida, alegre..., misericordioso. En cuántas ocasiones aparece la desesperanza y sin confianza en Él, ni considerando la certeza de su presencia salvadora y redentora, desechamos la satisfacción y el gozo por la vida y, sin la alegría que nos proporcionaría el vivir el abandono en sus brazos, nos ahondamos en la oscuridad de las dudas o la lejanía de la no presencia. Sólo en Él podemos encontrar la vida, sólo en Él podemos mantener la fortaleza, la serenidad y la luz para abrirnos, sólo en Él, y por Él, podemos atender a los descartados que yacen sumidos en las periferias de cada una de sus existencias.

La familia es la iglesia doméstica

Ya nos hemos referido a la percepción de ver a la familia como la iglesia doméstica según la definiese el Concilio Vaticano II en el número 11 de *Lumen Gentium*, en ella sus miembros deberían llegar a ver a Jesús como un mi-

embro más de la misma, confiándose en él, teniéndolo siempre presente, haciéndolo partícipe de sus cuitas,... cuando pasa así, la familia vive en la felicidad que está en todos sus miembros porque Jesús vive con ellos y ellos lo sienten.

Todos los cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con los sacramentos, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre (cf LG 11). Por ello, “los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio por el que significan y participan el misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y la Iglesia (cf. Ef 5,32), se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de la prole, y por eso poseen su propio don, dentro del Pueblo de Dios, en su estado y forma de vida. De este consorcio procede la familia, en la que nacen nuevos ciudadanos de la sociedad humana, [...] En esta especie de Iglesia doméstica los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación propia de cada uno” (LG 11).

En la Iglesia, también en la doméstica, encontramos los medios de salvación, fundamentalmente la Revelación divina y la gracia, a los que llegamos por la oración, los sacramentos y la Palabra de Dios que cada miembro de la familia presenta a los demás y propicia su práctica (los cónyuges entre sí y éstos hacia sus hijos, principalmente cuando son pequeños, aunque poco a poco también ellos van alcanzando su responsabilidad hacia los hermanos e incluso hacia los padres o cualquier otro miembro). La familia cristiana es el cauce ordinario establecido por Dios para que, en su seno, los hijos se encuentren con él, se llenen de su gracia y le conozcan y vivan, siguiendo el testimonio de sus padres y del resto de miembros de la misma, porque son los padres los responsables de la formación y espiritualidad de sus hijos en tanto que necesitan de atención que va disminuyendo a medida que éstos van asumiendo más libertad y devienen plenamente responsables de sus propios actos. La tarea de los padres es una auténtica misión eclesial, una labor que les viene dada por el orden natural creado por Dios y que la Iglesia les encomienda para que ayuden a crecer a sus hijos, les presenten la fe, les muestren la manera en que Cristo nos enseñó a vivir, y gocen de la realidad del amor vivido en el seno de la familia. Por eso son los padres quienes llevan a las criaturas a bautizar y se comprometen a darles una educación en la fe.

Es necesario que en la iglesia doméstica se dé la acogida, haya momentos de oración en común y se enseñe a hablar con Jesús en privado, se viva la proyección apostólica que cada familia debe tener hacia el exterior,... todo ello como elementos y manifestación de la especial comunión de sus

miembros en Cristo. La familia está llamada a ser un lugar privilegiado de encuentro con Él, desde este punto de vista, cada uno de los rasgos que la definen tiene un paralelismo con la Iglesia, los que siguen a Cristo, que ponen de manifiesto que la misión de la familia, y esta misma, es un reflejo de la Iglesia Universal.

La misión de la Iglesia, i por ende de la familia, es anunciar el Reino de Dios, es decir: evangelizar. En este sentido la familia tiene la responsabilidad de dar a conocer el Reino de Dios a sus miembros, de la misma manera que la Iglesia tiene el mandato que Cristo le dio: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28, 19-20).

Anunciar la Buena Nueva es dar a conocer su Reino, reino que es de amor, de verdad, de justicia, de paz y de vida. La enumeración de estas cualidades nos puede dar una idea remota de cómo será la vida eterna al encontrarnos con Él, pero también nos deja vislumbrar cómo sería nuestro mundo si cada uno viviese este “reino” en su interior y fuese consecuente con él en sus acciones. Sólo con uno que lo viviese nos encontraríamos con un cambio que irradiaría desde su persona e iría inundando todo su ámbito, pero si fuesen dos, o mejor una comunidad, aunque no llegasen a una vivencia plena porque la perfección nunca la alcanzaremos, la transformación social sería inconmensurable ya que se viviría en la verdad, sin engaños ni dobleces, atendiendo a la justicia, sin pretender sacar ventajas, sin acarrear mal a nadie, evitando oprimir a ninguno de los que nos rodean, atendiendo a los que padecen..., se viviría el amor del que emanan ambas y en la paz que éste genera. Realmente se viviría generando vida y defendiéndola como el elemento más primordial de la creación de Dios.

Vivir el amor en el seno de la familia es hacer vivencia continuada y presente, en vivo y en directo, del Amor, de Cristo. El amor es el medio natural y necesario para la vida. Su ausencia total la imposibilita hasta el punto de que recién nacidos, expuestos a situaciones de privación de la calidez y el calor espontáneo que proporciona la caricia, el abrazo, el arropar,... situaciones todas ellas de privación de amor, han llegado a morir. Pero un ambiente en el que se viva desde el amor genera vida y fortalece la existencia. Cualquier manifestación de amor auténtico es un chispazo del amor de Dios; una familia que se realice en un ámbito de amor estará continuamente haciendo experiencia directa del Amor, experiencia de Dios viviendo entre ellos.

Por otro lado, la verdad es un elemento de equilibrio y sustenta las relaciones familiares. Vivir sin dobleces, con espontaneidad, pudiendo confiar y sabiendo que los demás te creen, es de una importancia extraordinaria ya

que genera un espacio de confianza que posibilita las relaciones abiertas y sanas entre cada uno de los miembros de esa familia.

Otro tanto ocurre con la justicia. Ésta también es una expresión del Amor que es el único justo. Debemos observar y resaltar que la justicia entendida como la capacidad de dar a cada uno lo que necesita para superar las necesidades que tiene, favoreciendo el respeto y la consideración a su persona, también es una expresión del Amor, de Dios. La dimensión equitativa de la familia, la acogida, la cohesión entre los que la forman y el equilibrio emocional, precisan de la atención a sus miembros desde la justicia para evitar que nadie se quede sin lo que le es de menester, para garantizar que todo es de todos pero atendiendo a que alguno tenga necesidades específicas que precisen de una atención especial, para compartir todo por encima del repartir distanciador, divisorio y confrontador de la justicia distributiva que da lo estipulado, o reparte a partes iguales, y que es una justicia de mínimos, alejada de la fraternidad y desviada del amor. La justicia, más si tenemos en cuenta que la nuestra no llega a la perfección de la divina, siempre queda superada por el amor, o mejor dicho: el parámetro fundamental que debe orientar a la justicia es el amor.

La vivencia de la verdad y de la justicia que como hemos visto emanan del amor, genera la paz. De esta manera hemos de decir que la paz es una situación de vida que procede del amor de Dios y que se genera a partir de la vivencia de la verdad y de la justicia. Donde éstas faltan se vive con la angustia y el miedo, con la incertidumbre, con la sospecha..., y la ansiedad que generan imposibilita la serenidad interior y la paz del individuo; cuando alguien sin paz se relaciona, o son varios los que se encuentran en esta situación, la ausencia de paz ya no es únicamente algo que ocurre a nivel interno sino que se ha extrapolado a la comunidad. Sólo el amor puede superar esta situación de distanciamiento entre los miembros de la familia que, de lo contrario, se hundirán en el recelo y la sospecha, el rencor y la envidia, y provocarán un campo abonado para la disensión, la tensión y la falta de armonía, cuando no de agresividad continua y violencia.

La familia es una comunidad de amor que genera vida. El amor y la capacidad de amar se transmiten, fundamentalmente, en la familia y ocurre a partir de la vivencia, del ejemplo, de la realidad cotidiana en la que los hijos ven cómo se aman los padres y cómo les aman a ellos, pudiéndolo practicar con sus hermanos. Este amor rezuma felicidad por todos los lados y acaba generando vida de todo tipo, desde la espontaneidad, la generación de ideas, la aceptación, la donación, la alegría, la participación, la obertura y la donación a la sociedad, la atención a los otros,... a la realidad gozosa de engendrar fisi-

camente criaturas que, siendo los padres colaboradores en la Creación, son el fruto máspreciado del matrimonio y la donación más grande a la sociedad en la que se van a incorporar. Como dice la encíclica *Familiaris Consortio*, “la familia es una íntima comunidad de vida y amor cuya misión es custodiar, revelar y comunicar el amor”. Ese es el mismo amor que está presente en las relaciones familiares equilibradas. Relaciones siempre las hay, pero únicamente aquellas en las que el amor es el vínculo entre los que se relacionan devienen positivas y capaces de construir urdimbres emocionales duraderas y satisfactorias.

El alcance de la vida que genera la familia llega a todos los miembros del ámbito familiar, aportándoles la vitalidad, la armonía, el buen ambiente que se necesita para poder vivir; pero no acaba aquí, al salir del medio familiar y entrar en contacto con el entorno social, aportan a aquellos con los que se relacionan el fruto del amor que han vivido en sus casas, generando, así, una sucesión de reacciones cuyo origen está en el amor recibido, donado y vivenciado en el hogar.

“Venga a nosotros tu reino”: la realidad de hacer que el Reino de Dios esté cada día un poco más entre nosotros

Este deseo contenido que muchos, muchísimos repetimos varias veces al día o, cuando menos, con una elevada frecuencia en nuestras oraciones cotidianas, recomendado por el mismo Cristo y contenido, por tanto, en la oración que él nos enseñó para dirigirnos al Padre, encierra, casi a escondidas porque no acabamos de ser conscientes de ello, el reconocimiento de la realidad diferente que es el ámbito de vida en plenitud con Dios, con el Amor, el hecho de entender que ese ámbito existe para siempre en un presente eterno que, también sin demasiada consciencia de ello, llamamos vida eterna y una cierta alusión a un tímido, menos consciente aún que los otros dos, a que pueda empezar a hacerse realidad entre nosotros aquí y ahora; sí, ahora mientras vivimos nuestra existencia terrenal y aquí, en la sociedad que es el marco de nuestro entorno vital.

La percepción que uno puede tener al observar el grado de consciencia y posterior convencimiento con el que expresamos este deseo, es que lo decimos de pasada, sin apenas darnos cuenta y, en infinidad de casos, sin entender el alcance de lo que se dice; rezamos con rutina monótona silenciada por el estruendoso bullicio de nuestra mente que asfixia nuestro espíritu, o al menos bloquea su participación, y ahoga nuestra mente. Más allá del desiderátum dirigido al Padre, porque en ese contexto es en el que

lo formulamos, el “venga a nosotros tu reino” esconde el anhelo de cambiar y poder tener una vida diferente, infundida por sus criterios y sus hábitos de convivencia, por los parámetros que definen el Reino de Dios: amor, verdad, justicia, paz y vida. Pero no lo hemos reflexionado, quizás nunca, y resuena al decirlo con un sonsonete que pasa por encima de su significado profundo sin que lleguemos a percatarnos de lo que expresa este deseo. Cuando se alcanza la comprensión de lo que se está pidiendo la percepción cambia y hace que el orante caiga en la cuenta del bienestar que se alcanzaría si realmente pudiésemos tener una mínima experiencia de su reino y, henchido de amor, se postre ante Dios abandonándose en sus brazos y ofreciéndose como instrumento suyo para que realmente venga su reino.

Desde el punto de vista de la pequeña iglesia doméstica que es la familia, captar la profundidad de lo que estamos pidiéndole y ofrecerse a Él como herramienta propicia para alcanzarlo, supone vivir en el amor, en la verdad, en la justicia, entregado y abierto a la vida, gozando de la paz resultante; supone, en definitiva, estar poniendo toda la carne en el asador para que el amor sea una realidad entre los cónyuges y trascienda a los hijos que experimenten una vida en la que el otro es lo más importante de nuestra existencia porque le amamos, al tiempo que uno mismo se siente amado, aceptado y seguro por cuanto percibe. Estamos hablando de las condiciones necesarias para el equilibrio afectivo y de generar un medio en la propia familia que permitirá, como sustrato ideal para un plantel, un ambiente familiar capaz de concebir y criar individuos ciudadanos de ese reino, capaces de amar, de servir a la verdad, de vivir la justicia y de expandir la vida y la paz.

Al iniciar cualquier tipo de situación, una profesión, la pertenencia a una asociación o el inicio de cualquier etapa de la vida, es importante esforzarse al máximo para que la dinámica y la práctica que se desarrollen sean las más correctas según los criterios con los que deseamos actuar. Así, después, aquellas maneras de hacer se convertirán en hábitos y su práctica quedará automatizada, siendo más sencillo poder seguir actuando tal como uno quería hacerlo. En el fondo esto es lo que conocemos como la cotidianidad de la vida, instalada en muchas ocasiones en gestos, reacciones o actitudes que afloran espontáneamente que, a pesar de ser automáticos, serán buenos y positivos si tuvimos especial cuidado en que, al formarse, así fueran. Naturalmente uno puede cambiar y controlar sus respuestas ante las necesidades o sucesos que se den en su vida, pero es muy difícil conseguirlo si no cuidó, cuando empezaban a formarse, que fuesen del tipo que quería que fuesen; si, por el contrario, siempre tuvo especial cuidado en atender que sus costum-

bres, sus hábitos, fuesen correctos, cuando deba dar una respuesta espontánea siempre será de aquel estilo.

Al empezar el matrimonio vale la pena esforzarse para conseguir que las cosas sean tal como los nuevos cónyuges se las imaginaron en la utopía que tienen como ideal. Al principio tendrán dificultades, les será difícil armonizar las tendencias espontáneas con la manera de ser que querían tener, pero poco a poco lo irán consiguiendo. ¿Cuándo deben empezar a trabajar la actitud positiva que ellos valoran en la relación mutua? Desde el primer día, antes ya, durante el noviazgo porque todo empieza allí y aún antes dado que se ha de considerar que al iniciar su andadura juntos se encuentran dos personalidades que vienen formadas cada una según sus circunstancias, aunque hay que suponer que con un estilo común ya que se han elegido para formar una familia. Esta es la razón por la que es muy importante educar para el matrimonio de manera que éste sea deseado por el individuo, aún sin conocer en concreto qué persona le tiene Dios preparada para unirse a ella y convertirse ambos en un único principio de vida, y él pueda irse preparando para estar lo mejor preparado posible y aportar en él lo mejor de sí mismo a aquella persona que amará profundamente (evitando llegar a casarse de cualquier manera y sin habérselo esperado, como por sorpresa). Es básico, pues, iniciar con todo el esmero del mundo, la vida de matrimonio con buenas actitudes para que ellas se conviertan en hábitos o costumbres espontáneas.

En este orden de cosas, cuando lleguen los hijos, es fundamental e imprescindible la dedicación a ellos, no sólo material sino, también y más aún, emocional y afectiva, facilitándoles la inmersión en el ámbito de una relación sana presidida por las costumbres que los padres habían considerado buenas para su familia, y, al mismo tiempo, la vivencia de aquello que sentían como bueno y deseable para su forma de ser.

Sin duda habrá muchas dificultades y parecerá que todo es un camino pedregoso, angosto y cuesta arriba, ya Jesús nos advierte que entremos “por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!” (Mt 7, 13-14), pero se ha de tener presente que el amor con el que suele vivirse en la familia, o se debería vivir, supera con creces esas dificultades y aún llena de satisfacciones y felicidad a sus miembros. Hay una serie de claves que nos permitirán vivir como se había deseado, imaginado y planeado al principio de la vida en común, por un lado está la constancia y la perseverancia, el mantenerse tenaz aguantando lo que caiga para conseguir llegar al fin deseado sin desfa-

lecer; en un mismo plano tendríamos que considerar la fidelidad al propio proyecto de vida y a la palabra dada al otro cónyuge (y más adelante a los hijos). Ayuda mucho la capacidad de revisión compartida entre los esposos, de manera que puedan sentarse o pasear..., comentando hechos concretos y situaciones en las que se encuentren o hayan tenido que actuar; conviene revisar de cuando en cuando, con una cierta periodicidad, la vida en su conjunto, el estado del proyecto, la actitud que van manteniendo después del tiempo..., todos los aspectos que ellos perciban que inciden o se derivan de su vida como esposos. Junto a ello conviene desarrollar la capacidad de renovación para actualizar, corregir posibles derivas que no coincidan con su proyecto o desviaciones evidentes que les alejen de lo que habían deseado vivir y de cómo hacerlo. Revisar no es entretenerse con un énfasis un tanto masoquista en ver lo que no funciona, la revisión debe hacerse con ánimo y convencimiento de querer aportar a la convivencia el conocimiento de la situación y las reflexiones necesarias para que se vitalice, siendo fundamental el compromiso de aplicar aquello que se vislumbra que podría mejorar la trayectoria del matrimonio. En ocasiones uno de los dos está sin ideas y no puede más, siendo necesario que se fie de su cónyuge que, ahora, tendrá que aportar y estirar con algo más de dedicación. No cabe duda de que esta revisión y renovación nos ayudará a crecer y a rejuvenecer nuestro proyecto para que siga siendo válido.

La práctica cotidiana de vivir el Reino de Dios en la familia

Hemos visto que vivir en familia es vivir lo cotidiano, el día a día, lo ignoto, sin alardes, sin necesidad de aparentar, sin pretender el protagonismo..., vivir, simplemente, y vivirlo con sencillez y naturalidad. En este escenario se genera una cotidianidad, que no quiere decir monotonía (ésta implica aburrimiento, desolación, falta de ilusión...), la cual nos permite automatizar muchos elementos superficiales de las relaciones y de la dinámica de la subsistencia, dejándonos dedicar a la atención de las relaciones profundas entre los miembros de la familia y a las que se desarrollan entre ésta y el exterior. La base de todas ellas está en el amor que nos lleva a darnos sin reservas y a acoger a aquellos con los que nos relacionamos, ya sean de la familia como de fuera de ella. Esta donación-acogida debe ser auténtica si queremos que sea beneficiosa y que realmente sirva de algo a aquellos con los que nos relacionamos; no valen el doblez, la figuración, la apariencias..., ser más falso que un duro sevillano no colará y nunca se interpretará como amor la traza o la fachada con la que alguien se dirija a nosotros, aunque nos aporte lo que más nos

hiciese falta, si no se realiza desde la autenticidad de la entrega, fundamentalmente afectiva.

Para saber si nuestra actitud y nuestros hechos están en sintonía con el amor, si lo que rige nuestras acciones es amor auténtico, hemos de observar si en ellos hay interés de algún tipo que nos lleve a atender a la otra persona, a darnos, a ser amables y acogerla a ella y lo que de ella nos llegue (en ocasiones incluso puede que improprios o lo que sea, hecho quizás con su mejor buena intención, pero que a nosotros nos fastidia), por alguna utilidad, provecho, ventaja, comodidad,... ¿es una relación interesada? Difícilmente será amor si estamos esperando algo a cambio, aunque no proceda directamente de la persona implicada, como mucho podría reconocerse en ella una pantomima, quizás muy bien interpretada, de una caricatura del amor. Otra cuestión que hay que observar es si al “darme” excluyo, si aparto a quienes voy a “amar” o hago selección de a quienes voy a entregarme; esta sería una dedicación nada amorosa ya que, en realidad, el yo íntimo del sujeto en cuestión no estaría abierto, sino entornado, a atender a todos sino sólo a quienes él creyese oportuno, quizás por afinidades lingüísticas, quizás por vecindad, puede que por compañerismo o por ser originarios del mismo lugar,... estaría fallando la universalidad y la obertura a cualquier persona, sólo por el hecho de serlo, que nos necesitase. Ciertamente si hablamos de las cualidades del amor debemos contemplar que sea afectivo; la afectividad es un elemento de primer orden, y definitorio, de lo que es el amor. Pensemos que también lo que llamamos caridad, que no es otra cosa que el amor, ha de estar impregnada de la afectividad, de aquella cualidad que indica que de lo que hablamos me afecta. El amor (nuestra acción caritativa) debe ser efectivo; la “nininana”, los paños calientes, la ñoñería... no son más que cataplasmas inútiles que desustancian lo que se hace y la atención que se presta ya que no ayudan en absoluto. No se debe confundir el buscar ser efectivos con la materialidad, el triunfo o la egolatría, ni tampoco con el vínculo a lo material que nos lleva a resultados contantes y sonantes, cuya tangibilidad dan por bueno el proyecto. En ocasiones la necesidad no se deberá resolver desde la economía o el suministro de objetos, alimentos... ni tampoco con acciones que produzcan un rendimiento cuantificable, sino desde los ámbitos espirituales, afectivos o relacionales, y en muchas otras la subjetividad de los resultados o la escasez o ausencia de los mismos, no nos estarán hablando de fracaso sino de la naturaleza diferente de esas situaciones. La efectividad auténtica no se refiere al tener, al tocar, al ver... está relacionada con la intención y el deseo de ayudar verdaderamente a aquel que nos necesita, no se refiere a entretener y hacer perder el tiempo sino a sentir, acoger, incorporar,

compadecer, ser misericordiosos con él... se refiere a desear su bien y buscar la manera de que lo consiga.

La generosidad es una característica que define al amor aunque en realidad está, como la afectividad, en su propia naturaleza ¿podría amar quien fuese un tacaño cicatero? La generosidad abre a la persona más allá del puro altruismo por el desprendimiento magnánimo con el que uno se prodiga dándose, incluso con una esplendidez sin límites, confiando siempre en que Dios proveerá.

Amar es vivir, en el ámbito en el que cada uno se encuentre en cada momento, sin buscar ningún interés, provecho o ventaja, sin excluir a nadie (universalidad), sintiéndose afectado por la situación (afectividad), haciendo por ayudar a resurgir al otro (efectividad) y prodigándose sin límites (generosidad), en definitiva dándose y acogiendo de forma auténtica.

Este amor que excluye radicalmente la mentira, el doblez, la cautela, la falsedad, la reserva, la precaución en beneficio propio... lleva a los esposos a donarse mutua e íntimamente, convirtiéndolos en una sola carne y generando vida tanto en las relaciones intrafamiliares como en las extrafamiliares y en la procreación de nuevos seres humanos a los que, a su vez, se donarán y cuidarán revitalizándolos y propiciando la aparición de los frutos del amor. Si ellos viven de esta manera y la transmiten a sus hijos al atenderlos cotidianamente con amor, la vivencia que cada hijo tendrá será totalmente gratificante y llevará a la relación de los hermanos entre sí y al trato que ellos den a los padres, a ser una relación sincera, abierta, afectiva, generosa, integradora no excluyente, que dará frutos del amor dado y recibido. Especial atención debemos tener con las personas mayores ya que sus limitaciones les impiden la vitalidad necesaria para ser ellos los que dirijan la situación, teniendo que ser, a veces, más destinatarios que protagonistas del amor que se cree entre ellos y aquellos con los que conviven.

Por el nuevo mandamiento que Él nos dio tendríamos que ser los más expertos, cualificados y dados a amar, además, sólo en eso, en que amemos, se nos conocerá que le seguimos. "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. [...] En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13, 34-35). La práctica del amor, la misericordia, lo que también llamamos caridad, nos lleva a estar abiertos a los demás en general, sin exclusiones, más allá del ámbito familiar en el que los lazos emocionales y los sentimientos propician que las relaciones sean, ya de por sí, de tipo afectivo. Pero el amor auténtico no se puede encapsular y, cuando realmente se da, tiende a expandirse y actúa inundándolo todo y llegando a las personas que hay en nuestro derredor sanándolas

porque entonces ellas se encuentran acogidas y se reconocen con valía. El amor, la actitud a abrirse, salir de uno mismo e ir hacia los demás, supone estar dispuestos a acoger y escuchar, a atender y darse, a aceptar y a respetar, a ofrecer y a dar,... pero también a recibir y a dejarse querer, a considerar que otro esté por mí, a aceptar que me puedan ayudar,... Amar supone estar abierto a entregarse y a acoger, siguiendo la verdad y practicando la justicia que queda superada por el amor ya que éste, por la generosidad, desborda los propios criterios de la justicia que en muchas ocasiones sólo habla de repartir olvidando la necesidad de la persona y la conveniencia que tiene de ser atendido en lo que realmente necesita para poder salir a flote. Por otro lado, la verdad certifica el amor y denota su presencia, valorándolo como el auténtico motor de la vida y posibilitando la vivencia de la paz. Amando y viviendo desde la verdad se genera justicia y ésta materializa la paz fruto real del amor.

La trascendencia vital y social del amor generado en la familia

Cuando en el núcleo familiar se vive esta realidad en la que el amor lo envuelve todo, sin que esto suponga que no se vayan a dar nunca más las tensiones o momentos del enfado que provocan la frustración o las contrariedades, el ambiente que experimentan sus miembros es revitalizante y les ayuda a superar las dificultades, de manera que cada vez hay menos tensiones y más armonía. En esta situación es posible la creatividad, la donación, la colaboración con entidades sociales, la relación con los demás en los ámbitos en los que participen, el altruismo y la ayuda a causas justas,... La familia, así, está generando vida que contribuye a expandir una manera concreta de ser centrada en el amor. Incluso el nacimiento de los hijos es fruto de la comprensión de la existencia desde la colaboración con Dios, y se tienen como una gracia que Él ha tenido a bien concedernos. Es evidente que considerar la vida desde ésta tesitura favorece la propia existencia y la de aquellos con los que uno entra en contacto. La vida sólo crece donde hay amor, menos mal que, aunque el grado de vivencia del amor no sea perfecto, no se da nunca un ambiente en el que éste haya desaparecido totalmente.

La familia en la que se vive el amor y sus componentes se dan y acogen entre ellos y de manera recíproca, está experimentando la realidad y la presencia del amor de Dios, el Amor, y todos están haciendo que su Reino esté presente entre ellos. La vida en esa familia está localizada en un ámbito que supera todos los criterios humanos y desborda los parámetros sociales de su entorno porque están viviendo el amor del Reino de Dios. Aunque parezca retórico, preguntémonos qué pasaría si hubiese muchas familias así. ¿Qué

pasaría si la mayoría de una comunidad (barrio, pueblo, ciudad,...) estuviese en esta onda? Ciertamente la sociedad en su conjunto se beneficiaría y cambiaría el modelo que tenemos para comprender la convivencia.

Después, cuando los miembros de la familia se proyecten en su entorno y se den desde sus profesiones, en los encuentros sociales, en la práctica del deporte... lo que estarán aportando a la sociedad, como ya hemos ido viendo, serán unos comportamientos, unos criterios, unos estilos de vida que aportarán equilibrio, salud mental, armonía, respeto, cohesión, convivencia... en los ámbitos en los que ellos se muevan.

La educación como medio para el desarrollo y el crecimiento de la familia

Hay cosas como la Ley Natural la existencia de Dios... que de alguna manera podemos decir que las llevamos grabadas en nuestro espíritu y, no se sabe bien cómo, cada uno siente como naturales e innatas, si bien hay que considerar que todo el mundo las experimenta en un grado diferente; algunos tan imperceptiblemente que se podría decir que son la excepción a la norma o la justificación para entender que no forman parte de los creyentes. También es cierto que hay quien, por dejadez, por animadversión, por influencias del medio... ahoga esas percepciones y no sólo se vuelven imperceptibles sino que parece que desaparezcan por completo del espíritu de aquella persona. Sí que se puede observar, cuando menos, que si se intentan mostrar al individuo en la etapa de formación y de educación, siendo niño, adolescente o joven, no suele aparecer rechazo a lo que se le explica, menos cuanto más temprano es el momento, acogiéndolo como natural.

Tanto a nivel espiritual, social o personal, está claro que la educación es un elemento y un medio para el desarrollo de la persona y, también, para el crecimiento de la familia; sus miembros se educan mutuamente y entre ellos se autorregulan de forma que una de las funciones de la familia es la de control social y la educación de sus miembros, porque la actitud de cada uno de ellos educa a los demás y la relación entre sus componentes determina la manera en que los otros concebirán la sociedad. La presencia del amor en la convivencia continuada, tal como hemos explicado, tiene un papel educativo excepcional ya que no se tendrá que educar desde la instrucción sino desde la vivencia cotidiana, gota a gota, viendo cómo viven los otros que me rodean, copiándoles sus gestos, sus reacciones, sus aspiraciones... captando cuándo algo no debe ser así o cómo se debe hacer lo que hay que hacer, reaccionando, acogiendo, ejerciendo la paciencia, perdonando, relacionándose

tal como ha vivido en casa... En este ámbito el silencio, la presencia y el ejemplo de cada uno, pero en especial de los padres, sobre todo al principio, son elementos educativos fundamentales contenidos en el día a día cotidiano. También tiene suma importancia la coherencia porque permite al otro, en especial a los que están en la edad infantil-adolescente-joven, saber qué debo hacer hoy en función de lo que hice ayer y, con ello, valorando la reacción que los propios actos han tenido ante el resto de la familia, prever lo que deberé hacer mañana.

La importancia de la educación no está en que la veamos como necesaria para quedar bien ante los demás, no es un instrumento o una herramienta social para destacar o asumir cargos preeminentes. No. La importancia de la educación está en que es un elemento de desarrollo humano que nos permite abandonar gestos, hábitos... que entorpecen nuestro crecimiento y alcanzar otros que ayudarán a nuestro desarrollo y evolución, nos harán más humanos y podremos relacionarnos con mayor capacidad de comprender a los demás, de acoger, de darnos... Uno de los logros más importantes de la educación está en el desarrollo de la capacidad de respetar a quienes están en mi entorno como garantía de aceptación, de consideración, de deferencia, de admiración y de amor.

Es importante que en la familia, tanto por parte de los padres como de los hijos, se dé una actitud cooperadora y revitalizadora basada en la autenticidad de cada miembro, en la disponibilidad para con los demás y en la empatía que, seguro que con unos más que con otros, pueda haber entre ellos.

Entre todos hay que hacer para que el equilibrio afectivo necesario para vivir sea una realidad. Hemos estado comentando cómo el amor, la aceptación y la seguridad son la base del equilibrio afectivo ya que permiten a las criaturas, y no tan criaturas, sentirse queridas, con valor por ellas mismas, aceptadas y seguras psicológicamente. El amor se palpa cuando hay armonía en casa, el sentimiento de aceptación, muy relacionado con la autoestima, se genera a partir de la valoración del individuo, y la seguridad surge de la coherencia con la que los otros, principalmente los padres, actúen. Junto a todos ellos también se han de educar el humor y el perdón. El humor nos permitirá relativizar situaciones concretas que nos pueden afectar negativamente, es bueno saber ironizar, de forma sana, sobre los aspectos que me producen dolor y, sobretodo, de los míos propios ayudando a los demás para que también aprendan a reírse de ellos mismos. De igual manera hay que saber pedir perdón, para lo que es necesario una humildad enorme; aunque algo diferente, quizás más difícil, también se debe saber perdonar porque el otro, que es mi hermano, hijo del mismo Padre, y es imagen y semejanza de

Dios aunque haya empezado un poco a dejar de amar, no tiene por qué seguir sufriendo por el mal que haya intentado hacerme.

La familia también tiene necesidad de desarrollar en sus miembros, especialmente en los que estén en etapas fundamentalmente formativas, las capacidades que les humanicen al ayudarles a vivir más y mejor el amor. Así deberá cuidar que se desarrollen las capacidades de pensar, relacionar, reflexionar, aprender... También las de controlar los propios impulsos y las emociones, soportar la frustración y la contrariedad... las de imaginar, evocar, simbolizar, comunicar... las capacidades creativas, las de ser reflexivos e interiorizar, la de aceptar la realidad y discriminar entre ésta y la fantasía, la capacidad de esfuerzo, la gratitud y la generosidad: las capacidades de aceptar y acoger, de darse y entregarse, de recibir y compartir... la capacidad de amar, las capacidades de perdonar y de continuar. Para no dejar coja a la persona y educarla integralmente, también debe atender la familia el desarrollo espiritual y trascendente de sus miembros, procurando y facilitando la vivencia de la fe y con ella la transmisión de lo que uno cree y vive como un tesoro muypreciado que desea transmitir a los que quiere, y ayudando a sus miembros a acercarse a Dios y relacionarse con Él.

La familia que vive el amor se educa y se convierte en constructora de justicia y paz

Hemos empezado este pequeño análisis viendo a la familia como iglesia doméstica y comunidad de vida y amor. Hemos observado que la misión de la Iglesia, también la doméstica, es anunciar el Reino de Dios, reino de amor, de verdad, de justicia, de paz y de vida, del cual le pedimos al Padre que venga a nosotros, ya aquí en nuestro mundo y durante nuestros días, ni que sea un poquito más cada día, y nos hemos detenido a ver cómo debería ser y qué efectos produciría la práctica cotidiana de vivir el Reino de Dios en la familia partiendo de la vivencia del amor y el papel que tiene en todo ello la educación que ella desarrolla en sus miembros.

Si nos fijamos un poco, todo lo que hemos planteado se refiere al amor y a la vivencia de éste, resultando ser un medio que posibilita la humanización de la persona en tanto que al amar le permite ser más auténticamente imagen y semejanza de Dios que es el Amor, permite las relaciones provechosas entre los miembros y hacia el exterior de la familia, facilita la convivencia y posibilita la vida y la generación de ésta.

Siempre, como base de todo, está el amor, la principal característica del Reino de Dios, y de la que emana la justicia y la paz que es consecuencia

de la primera porque si no se da aquella nunca será posible alcanzarla. La familia que vive el amor y se educa en su vivencia, se convierte en constructora de justicia y de paz haciendo que sus miembros puedan vivirlas en su interior y compartirlas con el resto de miembros de la familia, y, después, generando la justicia y la paz en la sociedad cuando ellos se relacionan e inciden fuera de ella, dando lugar a que la sociedad tenga oportunidad de ser más justa y a que en ella la paz sea una realidad.

La acción social de la iglesia doméstica

Si nos situamos ante la acción social de la Iglesia y observamos en los diferentes ámbitos, sus resultados y sus trascendencias, estaremos captando el alcance de lo que seguir al Amor y vivir su amor, aporta a la humanidad. Tanto por lo que se refiere a haber descubierto a Jesús, a Cristo, al Amor, como por lo que supone el vivir con coherencia su buena noticia, la familia tiene una importancia capital que la sitúa en el origen de cuanto después repercute en la sociedad, porque lo que le repercute a ésta está originado en la familias, aunque sólo fuera una, que empezaron a vivir el amor entre sus miembros, teniendo presente a Jesús entre ellos como si fuese uno más de la familia.